

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVIII. MADRID 26 FEBRERO 1898. NÚM. 9.º

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

Mientras el jesuitismo y toda la frailería se comen á España, he aquí el terrible cuadro que traza *La Crónica*, de Madrid, periódico que trata siempre de modo magistral las cuestiones de Hacienda:

LAS DEUDAS DEL ESTADO

Pone respeto en el ánimo más sereno la enormidad de las cargas que pesan sobre la pobre nación española. La pesadumbre de estas cargas no sólo es grande por la cantidad de las obligaciones que se han contraído por el Estado, sino también, y más principalmente, porque no están en relación con las fuerzas del país llamado á soportarlas.

Una nación próspera puede sufrir sin miedo una de esas catástrofes cuya reparación exige grandes sacrificios. Francia pudo redimir su territorio mediante el pago de una contribución de guerra de cinco mil millones de francos, y reponerse, en muy poco tiempo, de este quebranto y de otros muchos producidos por la guerra.

España no se encuentra, desgraciadamente, en este caso. Aquí las fuentes de la producción, sin la que no hay riqueza posible, están cegadas. Aquí no tenemos grandes industrias, ni hábitos de economía, ni administración cuidada de los intereses públicos, ni comercio extendido, ni otra cosa que gobiernos detestables, partidos políticos que sólo luchan por la vida, organismos atrofiados, administración desordenada y cara; y un abandono, una incuria y una despreocupación que hace dudar de la redención del país y despierta temores fundados de una espantosa é inevitable *debañe*.

Sugiérenos esto, el estudio de la situación de España desde el punto de vistas de sus deudas. En esas cifras se hallan compendiadas desdichas y peligros de que sólo un milagro podrá salvarnos.

Véase, en efecto, á lo que ascendían en primero del mes actual las deudas nacionales.

Capital nominal.	CLASE DE DEUDA	Intereses y amortización anuales.
1.971.151.000	Deuda perpetua 4 por 100 exterior.....	78.846.040
2.350.808.300	Idem 4 por 100 interior..	93.609.657
1.553.575.000	4 por 100 amortizable...	101.304.000
358.250.000	Obligaciones Aduanas...	60.972.640
464.812.000	Obligaciones del Tesoro al 5 por 100.....	23.240.600
60.000.000	Préstamo de la Compañía de Tabacos.....	3.000.000
9.375.000	Préstamo Rostchiltz (Almadén).....	4.750.000
"	Intereses á metálico Caja Depósitos.....	3.300.000
"	Acciones obras públicas..	101.221
"	Idem de carreteras.....	59.983
"	Deuda del personal.....	10.000
"	Ejercicios cerrados.....	100.929
	Pesetas.....	368.295.070

<i>Cubas de 1886.</i>		
589.850.000	1.179.700 títulos Cubas de 1886.....	35.391.000
	Amortización de 7.690 títulos anuales.....	3.800.000

<i>Cubas de 1890.</i>		
858.150.000	1.717.100 títulos Cubas de 1890.....	42.927.500
	Amortización de 11.200 títulos anuales.....	5.600.000

1.448.400.000	2.896.800 títulos, pesetas	87.718.500
---------------	----------------------------	------------

<i>Deuda flotante.</i>		
30.145.109	Pagarés del Tesoro al Banco de España que se convertirán en obligaciones del Tesoro, al término del ejercicio económico.....	1.205.804

<i>Préstamo del Banco de España.</i>		
300.000.000	Con garantía de 400 millones Aduanas.....	15.000.000

<i>Quebranto de moneda.</i>		
Quebranto de treinta y tres por 100 sobre 166.564.500 pesetas que importa el pago en francos de las Deudas exterior y Cubas.....		54.966.285

Resumen.

Deuda pública.....	368.295.070
Deuda de Cuba.....	87.718.500
Deuda flotante.....	1.205.805
Préstamos del Banco.....	15.000.000
Quebranto de moneda.....	54.966.285

Pesetas..... 527.185.659

<i>Deudas á pagar de inmediato vencimiento.</i>		
Obligaciones de Aduanas en circulación.	358.250.000	
Obligaciones del Tesoro al 5 por 100...	464.812.000	
Pagarés del Tesoro al 4 por 100.....	30.145.109	
Préstamos del Banco con garantía de Aduanas.....	300.000.000	
Pesetas.....	1.153.207.109	

Resulta de las cifras precedentes, que las deudas del Estado exigen una anualidad de más de 527.000.000 de pesetas, cuando á duras penas puede el contribuyente sostener un presupuesto que no llega á 800.000.000 de pesetas, ó lo que es lo mismo: más de la mitad de lo que importan los tributos y rentas que satisface con tantos apuros el contribuyente, se necesita para pagar intereses y amortización de las deudas.

Y, si á esto se añade el aumento extraordinario que han tenido otras obligaciones, como, por ejemplo, las clases pasivas, sacaremos en limpio que la mayor parte de los recursos disponibles los absorben la deuda y las clases que cobran y no trabajan.

No sabemos lo que va á pasar, pero tenemos el convencimiento de que ha de ser algo anormal, extraordinario, terrible. La gran dosis de resignación, de patriotismo paciente y confiado que atesora el pueblo español, está á punto de agotarse, porque ha llegado al colmo la medida; y cuando esto sucede, todo puede temerse, si no viene la Providencia en nuestro auxilio, inspirando á los gobernantes medidas de extrema previsión y de extraordinaria energía.

Aterra leer ese artículo, y más todavía el que un pueblo que se ve en tal estado no tenga un arranque salvador, y se distraiga en fiestas, ya religiosas, ya carnavalescas, mientras allá en la manigua va quedando enterrada su juventud, que era su esperanza.

¡FUERA LOS FRAILES!

Ya es hora de decirlo muy alto. Los frailes y la tranquilidad de los pueblos son incompatibles. En las naciones fuertes por la libertad pueden ser tolerados, no sin restricciones, como secta entre cien sectas y humana extravagancia

nada influyente en la política. Europa, los países latinos, aleccionados por la historia, no pueden mirarlos sino como un peligro constante. De todas partes los han expulsado, y, donde quiera que han vuelto á recibirlos, pronto se han experimentado las dolorosas consecuencias. Hoy no se piensa mas que en eliminarlos de nuevo.

Si todos los excesos y desequilibrios son funestos, ninguno más que el religioso, y eso representa el monaquismo: exceso y extravío de la religión. Obra puramente humana y no apostólica, sino de los que siglos después de aquella época huyeron á la Tebaida por miedo al martirio, pronto fué una excrescencia perturbadora del cristianismo, en cuyo seno produjo siempre por cada beneficio mil desgracias, predicando el dogma de paz y caridad con el odio intransigente y las persecuciones.

Quitad el fraile y desaparecerán la mitad de las guerras y cataclismos que mancillan la historia. Donde asienta él un pié, concluye la paz religiosa y la concordia sacerdotal; la sinceridad apacible de las conciencias en equilibrio se turba por obra de la hipocresía siniestra y del dominio absorbente; basta arrojarlo para restablecer la paz.

Esta es la causa de esa universal aversión de todas las naciones en todos los tiempos, manifestada por el pueblo y por el clero en los monumentos del arte, en la literatura y hasta en las anécdotas y refranes populares.

Y no es, como quieren los frailes, el odio, que según el Evangelio, profesan los malos al justo, porque no lo sentiría como lo siente el sacerdocio en masa. Al fraile debemos las herejías más perniciosas, los escándalos y las supersticiones que han desacreditado el cristianismo, dificultando sus progresos, y ahora la ansiada unión de todas las iglesias. En vano se ha intentado reformarlos mil veces, reprimir sus demasías, y alguna vez se ha pensado en suprimirlos; ellos se han impuesto sobre la Iglesia cual quisieran sobre el mundo todo, con sus ideales de cruel represión y tiranía sobre los cuerpos, los corazones, las conciencias y los entendimientos; ideales consignados en esas reglas que, bien conocidas, todo estadista las proscribiera, y hoy á ninguna sociedad laica se podrían permitir.

La Inquisición, las jurisdicciones exentas episcopales y monásticas con derecho á prueba jurídica del tormento, efusión de sangre y pena capital como castigos á la falta de fe, que es un don divino gratuito, y la no distinción entre pecado y crimen, constituyen los medios de erigir y conservar ese eterno sueño monástico de monarquía universal de Roma sobre un mundo de naciones conventos pobladas de místicos embrutecidos y de hipócritas.

Rechazados en España los frailes hasta en los tiempos más reaccionarios de Isabel II, estaba reservado á la restauración, en odio á la libertad, dejarlos invadir como lobos hambrientos la patria que acababan de ensangrentar y ampararse de las mismas instituciones aborrecidas que combatieran.

Volvían peores que se fueron. Ya no había entre ellos ni uno de espíritu tan amplio como no pocos de sus predecesores á principios del siglo. No aportaban ciencia ni adelanto alguno, rezagados del movimiento intelectual; pero eran más feroces, insaciables é intransigentes heraldos de un absolutismo cual nunca lo hubo entre nosotros.

Pronto se hicieron notar por su afán de privilegios, su desdén hacia el derecho, su perfidia y falta de escrúpulo en los medios y la mogigatería que pusieron de moda. Vivieron pisoteando la Constitución y el Concordato, siem-

pre fuera de la ley, única atmósfera en que pueden respirar.

Ya en el Concilio de Trento, cuando alguien preguntó si convendría aniquilar á los monacales, contestaron descaradamente que eran el mejor ejército de Roma *[porque no conocían el patriotismo]*. Era verdad; y esos ejércitos de monjas y frailes exóticos ó educados en el extranjero y desde allí dirigidos, allí fija su vista, allí empezaron á enviar el dinero que nos sacaban por quitar á nuestros hijos el sentimiento de la patria é infundirles el odio á nuestras instituciones, glorias y costumbres. Ellos tenían su plan político, en el que entraban desmembraciones de nuestro territorio, conflictos con Italia y humillaciones de España ante Roma, que ganaría en ellas mucho dinero de nuestras colonias.

Y entretanto, creyéndose en país conquistado, no ocultaban sus procederes. Hoy, una gran fortuna arruinada; mañana, el secuestro de una joven contra la voluntad de sus padres ó la suya; luego, un rapto. Aquí vicios inmundos, allí tratos crueles y escándalos inauditos. En este lado una usurpación, en el otro un fraude; más allá una persecución odiosa contra el clérigo, el periodista ó el obispo que estorbaba. Intrusiones en la esfera del poder, en la administración de justicia y en la enseñanza á millares. El clero descontento al verse empobrecido y aherrojado á los pies del fraile que le disputaba el sustento. Familias desunidas ó formadas por la influencia y utilidad conventual, conciencias perturbadas, divisiones profundas en el campo religioso, recrudecimiento de las luchas entre católicos y del odio hacia los liberales, ministros asalariados por llenar de frailes el episcopado y empujar á los Gobiernos en la vía de una reacción desatentada, adulaciones palaciegas para enroscarse al trono que por el momento no podían derribar y les convenía tener de su parte, y el catolicismo, en fin, adquiriendo un carácter odioso de agresión procaz y marcada tendencia á la vergonzosa opresión de los apostólicos.

Una sociedad gazmoña y corrompida se ha entronizado así. No podía ser otra cosa. El número de frailes, monjas y beatas es igual ó mayor al terminar el siglo que lo fué en sus comienzos. Tenemos de los antiguos al franciscano brutal y soez, pediguño sinvergüenza, Diógenes del catolicismo, sucio, ignorante, con su eterno ideal de penitencia; al loco trapense, el mayor enemigo de la naturaleza humana, y el trabajador más nocivo é inútil de la tierra; al cartujo, verdadero buho religioso encerrado siempre entre piedras; al dominico ergotista, cruel y sanguinario con su teología de la desesperación y su predominio inquisitorial; al carmelita, con su misticismo enervante, manantial de la peor de las locuras; al trinitario y al mercenario, que fundados para redimir cautivos, huyen de donde los hay para cautivar en tierra de libertad necios que los mantengan; al benedictino, que perdidos los papeles, ya no es nada en los estudios históricos, y vive en la holganza; al de San Juan de Dios, que ya no quiere cuidar leprosos como le manda su regla, sino explotar manicomios; y al agustino, que con apariencias liberales, previendo el fin de su dominio en Filipinas, se prepara á ejercerlo con nosotros.

De los modernos, tenemos al redentorista, satélite de Roma, odiado por el clero, á quien vigila como un policiazo; al pasionista, al del Corazón de María, al palesiano, mañero y explotador; al ignorantino, que borra de nuestros niños el patriotismo, y á los que vayan viniendo, todos con su respectiva congregación de mujeres que les ayuden á trabajar y á sobre llevar en místico matrimonio las dificultades de la lucha por la vida contra las demás órdenes, contra la libertad y el clero secular, objeto común de sus odios.

Y con todos y sobre todos al jesuita, del que todos aprenden, aunque lo detestan con el rencor de la envidia, porque reúne todas las cua-

lidades más dañinas del monaquismo entero que pretende aniquilar para quedarse solo con las monjas y frente al clero, al que luego trataría como los frailes filipinos á sus curas indígenas: á bejucazos.

Esas legiones todo lo husmean, todo lo intervienen, lo explotan y lo secan. Ellos acaparan, compran cuanto se vende, aclimatan los instintos viles de la mendicidad, hacen competencia ruinosa al pobre y al obrero, ocupan edificios inmensos de que carecen las instituciones nacionales, y son también posiciones estratégicas para la guerra que preparan, y será ya la cuarta que les deberemos en este siglo, para imponernos sus ideales de pobreza, que no padecen y tanto oro les produce, de obediencia, que exigen á los demás, y de castidad, que puebla las naciones de bastardos.

La nación ya no puede más. Esquilada por tantos conceptos, la explotación frailuna la aniquila más que otra cualquiera.

Todo el mundo protesta en espera de un porvenir siniestro. Acabamos de sufrir una guerra colonial, obra de los frailes, que esperan aprovecharse de los desastres que ocasione la otra, la de Cuba, y la inminente con los Estados Unidos, y aún nos amenaza una conspiración fratricida, obra de los jesuitas y los frailes con Silvela, para que retrocedamos cuatro siglos mediante un carlismo vergonzante sin don Carlos, protegido ¡quién lo dijera! por los sagastinos.

Nunca se pudo, como ahora, decir que fuera locura insigne dejar en nombre de la libertad amenazada que se armen sus verdugos.

Esta ignominia no puede continuar. Todos debemos impedirlo. La ley del Estado y el Concordato están de nuestra parte. Los frailes no tienen aquí vida legal. Sin ellos viven muchas sociedades cristianas en paz envidiable, que nosotros disfrutábamos antes de esta invasión de los bárbaros monásticos. Y pues un pacto solemne con la Iglesia los excluye tanto como la civilización, aunque Roma quisiera violarlo España debe oponerse, y nosotros clamar pidiendo, exigiendo que lo haga, si no hemos de ser pronto el ludibrio del mundo civilizado.

Unidos en masa imponente cuantos amamos la patria y la libertad, sin distinción de matices, gritemos con valor ante los Poderes públicos y ante la opinión: «¡No más monaquismo! ¡Fuera todas las congregaciones sin existencia legal! ¡Fuera los frailes! ¡Abajo los jesuitas! ¡Cúmplase el Concordato!»

Es hermoso el artículo anterior, que publica *El Progreso*, pero hay que hacer ya algo más que escribir.

Convoque cualquier periódico diario, él mismo, á una reunión á todos los liberales, para acordar la celebración de manifestaciones que pidan al gobierno el cumplimiento de las leyes vigentes en punto á frailería.

Y á ver que resulta.

¡IDIOTAS!

Emilio Zola ha sido al fin condenado al máximo de la pena señalada por las leyes francesas al delito que se le imputaba.

¡Cuánto se puede decir ante el vergonzoso espectáculo de ese pueblo que, mintiendo respeto á la ley, no se conforma con su aplicación más severa y quiere agravar el castigo con sus ahullidos de fiera hambrienta!

¡Qué tristes reflexiones no inspira el contraste entre la grandeza de un hombre, que no teniendo nada que desear ni nada que envidiar se sacrifica espontáneamente por la justicia, y la pequeñez de esas muchedumbres moviéndose á impulsos de la teocracia!

¡Qué dolorosa enseñanza la de esa Francia republicana, pidiendo la cabeza de una de sus más legítimas glorias en aras del militarismo!

No hay palabras que traduzcan fielmente al lenguaje ordinario la indignación producida por el veredicto condenatorio contra Zola. El primer hombre sin disputa de Francia, pero que no dispone de fusiles ni de aparatos infernales para sembrar la muerte, y que aun-

que dispusiera de ellos, no los utilizaría, es natural que fuese condenado por miedo al chafarote; es consecuencia lógica de aquella escandalosa y vergonzosísima absolución del asesino Ravachol, impuesta por el miedo á las bombas anarquistas.

¡Y luego se quejarán esas turbas que van desde las orgías de Mabilly á continuarlas en el santuario de la justicia, de que un César les azote el rostro con el látigo! ¡Y de que el germano austero destruya esa podredumbre con los cascos de sus caballos!

Un país donde se absuelve á Ravachol y se condena á Zoia no tiene derecho á hablar de libertad, ni de democracia, ni de ley ni de justicia. Es un país de idiotas que está pidiendo á voces un tirano.

ARRANQUEMOS LA CIZAÑA

Un jesuita osado é ignorante hasta un extremo inconcebible, en unos sermones que predica en la iglesia de Santiago, que llama de los siete domingos y á los cuales acuden todas las beatas de Bilbao, se despacha á su gusto, sin que las autoridades lo hagan bajar de lo alto, lo aten, y á empellones y puntapiés, si se niega á andar, lo lleven á la cárcel.

En sus sermones furiosos maldice el teatro y asegura las calderas de Pero Botero á los que á él concurren, excita á los padres á mandar sus hijos á los colegios loyolescos á *aprender la tin y salvación*, ó á los conventos como frailes, librándolos así de ir á la guerra.

Estas excitaciones dan lugar á hechos como el siguiente:

El rector del convento de los Padres capuchinos de Chipiona, Regla, ha comunicado al gobernador de Vizcaya, para los efectos de quintas, el ingreso en aquella comunidad del joven José Abásolo, natural de Ubidea.

Añade el jesuita carca, que las señoras deben tener á gala ir á los toros, *hasta escotadas*, porque los toros siempre fueron compañeros de la Iglesia, como ha afirmado recientemente un piadoso escritor recordando que la canonización de San Luis Gonzaga se celebró en Salamanca con toros, organizando los jesuitas la corrida á que asistió todo el clero, y haciendo la revista el P. Isla; mientras el teatro es una invención infernal y liberalesca, que Dios no perdona.

También dice que Dios está encantado con esas buenas beatas que llevan riquísimo rosario liado á la muñeca y en las blancas manos elegante devocionario, y que todo se lo dan al Señor por medio de sus buenos confesores: *su corazón y su óbolo* para la propagación de la fe; que Dios es muy bueno y sabe que la materia es frágil y perdona al que confiesa sus culpas aunque caiga *setenta veces siete veces*, computándole como atenuante su largueza para con la Iglesia; que Dios (textual), *sabe distinguir de clases*, las cuales deben existir siempre, y que las tentaciones son mayores *naturalmente* en las damas hermosas y solicitadas y aristocráticas que (textual también) en la *pobre borrega* que nada tiene que dar. En cambio *dar toda la fortuna* á los que forman la verdadera *legión de Jesús* es asegurar el indulto *in artículo mortis*, y ganar por adelantado la gloria eterna; y que así lo dice el Evangelio.

Esta serie de brutalidades y de bribonadas, y otras asquerosidades que no se pueden estampar en un periódico decente, predicando los jesuitas en la iglesia de Santiago, llevando la voz un García Alcalde que barbariza halagando todas las malas pasiones de las mujeres con un cinismo que asombra y que no se concibe más que oyéndolo, como tampoco el que se consiente esa postulación, ni ese llamamiento al carlismo, ni esos insultos soeces contra el gobierno actual y cuanto á liberal huele.

Ese García Alcalde es el que tuvo la avilantez de inducir á unos cuantos mamelucos para que propusieran que se vendiesen todos los libros que no fueran católicos rabiosos en la so-

berbia biblioteca de la Sociedad Bilbaina, sociedad que expulsó á los que lo propusieron. ¡Qué tal no sería la brutalidad, cuando hasta el obispo de Vitoria lanzó al loyola indecente una reprimenda feroz, por ser la Sociedad Bilbaina más bien conservadora que liberal!

Afortunadamente esta propaganda carlista sin tino ni freno, comienza á dar frutos contrarios al fin que persigue; pues aunque ningún periódico de circulación, ni de Madrid ni de provincias, se atreve á combatir á los jesuitas, hasta los hombres más católicos de Bilbao se van ya previniendo contra la brutal instrucción que dan á los niños y la inmoralidad de los sermones en que preparan y disculpan la prostitución de las señoras.

Es preciso que los liberales pensemos seriamente en la expulsión de esa canalla; si no va á pasar aquí algo terrible. En Jerez, en Barcelona, en Bilbao se va formando atmósfera de tempestad contra ella, (en Valencia y Alicante ya está formada). ¡Qué sabios fueron los legisladores de los fueros en Vizcaya que, previendo lo que ocurre, no consentían *esos frailes venidos de fuera*, contentándose con el clero parroquial! Por eso los fueristas de verdad quieren ahora echar á los jesuitas y á todos los frailes.

Sí, los conservadores más católicos están ya hartos de esa pillería que se va apoderando de la familia por las mujeres y los niños, que hace propaganda carlista y que saquea las bolsas; y van reconociendo la razón que tuvieron para combatirla Clemente XIV, Carlos III, el conde de Aranda, Floridablanca, Campomanes, Jovellanos, el marqués de Pombal, Mendizábal y tantos otros.

No se concibe cómo tolera un gobierno monárquico á los predicadores del regicidio, asesinatos de Enrique III y Enrique IV de Francia; á los jefes del carlismo en España, á los que sacan dinero por todos los medios á las señoras, envolviéndolas en las redes del fanatismo más infame y estableciendo colegios, hasta en Monte-Carlo, de cuya casa de juego son los casi exclusivos accionistas.

VEREMOS AHORA

De nada sirvió al señor Ferrandiz denunciar en la Vicaría el timo de las misas en San José. Rechazada por *falta de personalidad* en el denunciante á consecuencia de hallarse bajo una censura de la misma autoridad, y aunque para cubrir las formas y contener al desairado hizo suya el fiscal la denuncia, atendida la gravedad de los hechos, todo el trabajo de la curia eclesiástica se ha dirigido á ahogar el asunto, á desvirtuar su importancia y á conducirlo por el mejor camino á un resultado feliz para los culpables y perjudicial para el denunciador.

Cuando Ferrandiz ha visto claro el propósito que se perseguía, ha acudido á dónde debió ir desde el principio: á los tribunales ordinarios.

El día 17 fué presentada en el juzgado de guardia la querrela contra los clérigos de San José, por delito de falsedad con suplantación de firmas. Acompañaban al escrito el cuerpo del delito, es decir, la lista recibo de las misas.

Los curas no han querido hacer justicia; no importa, la hará el tribunal civil. El Jurado entenderá en esa causa, que promete ser una de las más interesantes en los anales judiciales, no ya sólo por la persona ofendida y por los que figuran como culpables, sino también por lo que ha de salir á luz con motivo de tal proceso.

Nos felicitamos de la intransigencia clerical, porque sin ella tal vez se habría llegado á un arreglo y á un silencio conveniente á los curas.

ESE ES EL CAMINO

El gobernador de Vizcaya tiene para mí un mérito que le coloca por encima de todos sus correligionarios, ministros inclusive: el de no ser jesuita.

Sí, ese gobernador es el único liberal de esta situación; al menos es el único que como libe-

ral procede, el único que ve claro entre tanto miope de conveniencia; el único que ha comprendido la necesidad de combatir sin tregua á esos que amenazan tragarse la libertad, el dinero y hasta la sangre de los españoles.

Por eso le aplaudí cuando supe que con su energía logró que fueran devueltas á sus casas las jóvenes secuestradas en conventos de monjas; por eso le aplaudo ahora al saber que ha entregado á los tribunales á los jesuitas de la Universidad de Deusto, que con pretexto de una velada literaria organizaron una manifestación descaradamente carlista.

Siento en medio de todo que mi aplauso no pueda ser completo, porque me entusiasman todos los que dan pruebas de fortaleza y energía ante el clericalismo triunfante; y lo hubiera sido, si ese gobernador, convencido de que los hechos origen de ese proceso se han realizado en la Universidad de Deusto por patrocinadores, profesores y estudiantes de la misma, considera ese establecimiento como un foco de conspiración y decreta su clausura inmediata.

En medio de todo, empieza á ser consolador este despertar de las energías contra las vibras ensotadas. En Madrid, denuncia por estafa y falsificación contra los curas de una iglesia, protegidos por el obispo; en Bilbao, encausados los jesuitas por conspiradores...

Sonó por lo visto la hora de desenmascararlos en la prensa y en los tribunales; después, ya llegará la ocasión de aplastarles la cabeza.

Y se la aplastaremos. ¡Vaya si se la aplastaremos!

CHARLA AMISTOSA

Querido amigo Burell: Hace muchos años que no nos vemos; tantos, que quizás pasemos ya el uno al lado del otro sin advertirlo.

La última vez que nos estrechamos las manos, no era usted monárquico todavía. Sentí mucho que se declarase tal, y lo condené y sigo condenándolo. Usted era de los que no tenían derecho á desertar; debía haber sido más intransigente con su mérito. En los pequeños todo está bien. En usted, no.

Pero, salvado esto, séame permitido felicitarle, como á cuantos saliendo del pueblo se han confundido con las clases elevadas, por esgrimir alguna vez su pluma en favor de los desventurados, á sabiendas de que éstos no han de agradecerse. Yo admiro á todo el que en una confortable habitación que aleja hasta la idea del frío aboga por los que tiritan, como al que, harto, piensa en los que no comen. Padecer hambre y frío y hablar de ello, puede en muchos casos obedecer á la sensación; quien padece, se queja. Muchos redentores al uso defienden, no la causa ajena, la propia. Cúbraseles con un gaban de pieles y creerán que el invierno es primavera; lléveseles á Lhardy, y tacharán de embustero al mendigo que al salir les diga que tiene hambre.

Cada vez que leo un escrito de usted, ó de Blasco, ó de cualquier otro monárquico de talento, ya combatiendo una injusticia, ya pidiendo un derecho para los de abajo, yo que no me he movido del puesto en que al comenzar la vida me coloqué, yo admiro al que tal hace; y, forzado á elegir, me quedaría con él mejor que con los que, al lado del pueblo que los eleva y sostiene, se cuidan únicamente de lo que á su particular interés cuadra.

Y dicho esto á manera de introducción, explicaré á usted por qué le dirijo estos renglones.

Un periodista de filiación obscura dijo hace un par de meses, sin venir á cuento, sin nadie preguntárselo, única disculpa que podría haber tenido, que no respondía ni de usted ni de mí. Usted le contestó citándose en su artículo, y á esto me agarro para charlar un rato con usted.

En tantos años como llevo escribiendo, (el más vil de los oficios cuando no es la más noble de las profesiones, según Dumas hijo), estoy curado de todas las sorpresas, preparado para todos los ataques y abroquelado contra todas las

injusticias; mas declaro francamente que no esperaba que nadie dijese que no respondía de mí. Los mismos conservadores no lo hubieran hecho. Si alguna situación hay perfectamente definida, clara en la política republicana, es la mía: por esto me veo tan solo.

Y explicado ya lo del motivo, comience la charla.

De poco tiempo acá aparecen unos jóvenes que han leído mucho, y que se traen integras todas las simpáticas intransigencias de los que, por no haber *vivido aún*, sujetan á regla y compás las acciones. Saben todo lo que han pensado y escrito otros, mérito que de buena gana tendría yo, para no verme obligado á repetir con Espronceda

Yo con erudición ¡cuánto sabría!, y pertrechados con su saber, para lo cual se necesitan voluntad antes que memoria, y memoria antes que entendimiento, se proclaman paladines de la llamada ciencia social, lanzándose á luchar por ella, con la visera calada algunos.

No los censuro, antes bien los aplaudo; pudiendo irse desde luego con los vencedores, pelean por los vencidos. Y esto ya es algo. Lo que me hace sonreír á veces, es que lo hagan á modo de sacerdocio.

Soy enemigo declarado de todos los sacerdocio: el que se siente sacerdote, no ama; y para realizar cosas grandes, hay que amar mucho. El sacerdote se cree perfecto y la perfección es egoísta. Nada de perfecciones: la vida es heterogénea. Se puede salir de una orgía y alargar la mano al mendigo desmayado de hambre en la acera; predicar contra los fariseos, y convertir el agua en vino en las bodas de Caná para que la alegría retoce en los corazones; realizar el bien sin advertirlo apenas, creyendo que todos harían lo mismo en iguales circunstancias. No, no hay que ir descalzo para procurar que tengan zapatos los que van con los pies desnudos, ni menos poner la cara triste para pedirlos. Se comprende la indignación á ratos, nunca la tristeza.

Porque se habrá usted fijado en que á muchos de esos jóvenes les da por la tristeza. ¡Bah! Que se atravesase en su camino al acabar de escribir la elegía más conmovedora una joven hermosa, que los mire al acaso, y se olvidarán de la humanidad para pensar... en su perpetuación.

Y ¡ay de ellos si no lo hacen! Aquel que arrojaba su semilla sobre la tierra, y aquellos célebres angelitos que buscaron su salvación en la fuga (sobre esto hay distintas versiones), pudieran recordarse en este caso. Desconfío del joven que, por más abstraído que se encuentre, no siente una conmoción eléctrica al cruzarse en su camino una muchacha bonita ó una mujer espléndida, y no se olvida en aquel instante de todo, hasta de los que padecen.

Por esto, cuando oigo de un joven que, preocupado con los dolores de la humanidad no se ocupa de la mujer, me sonrío irónicamente. ¡Tener veinte años, y el corazón lleno de deseos y el cerebro de luz, y no soñar con la mujer, no buscarla, no cometer sublimes tonterías por ella y con ella! ¿Por qué conducto dará ese joven salida á la savia vigorosa que en sus venas circula? Y al preguntarme esto, forzosamente voy á parar á conclusiones bíblicas.

Otra de las gracias de los jóvenes esos, es afectar una seriedad incompatible con sus años. ¡Un joven viejo! ¡Horror! Se comprende al viejo verde; la nostalgia del placer pasado puede enjendrar á menudo ese tipo ridículo. ¿Pero al joven negro? ¡Oh! Esto no se explica sino por defecto orgánico, estupidez congénita, vicio asqueroso, ó cálculo despreciable. La tristeza no es joven.

¡Estar alegre! ¡Hay nada más hermoso, más humano, á la edad en que los recuerdos no enturbian las aguas puras de la fuente de la vida! La juventud es amor; y como es amor, es alegría, de carne y de espíritu. La encantadora melancolía de los jóvenes, es la voluptuosidad de esa alegría.

En suma, amigo Burell; que desconfío mucho de esos jóvenes perfectos, teólogos de la ciencia, seminaristas laicos, que tratan de imponerse en nombre del misticismo social, y que no pueden estar alegres mientras la humanidad sufra, cual si las abejas no libasen las flores que brotan en los campos de batalla y los pájaros no cantasen sobre las chamuscadas ramas del árbol que abrasó el rayo.

Lo mejor de todo, y lo más lógico por supuesto, es que muchos de esos jóvenes perfectos negarían á Cristo antes que el gallo cantase las tres veces y se comerían de paso el gallo. Los reaccionarios deben estar satisfechos, pensando en que gran número de esos irá á engrosar sus filas. Es la ley, y además la historia. No les felicitaré por la adquisición: el día que los jóvenes de ese sistema se quitan la careta, no queda virtud teológica ni cardinal sin hueso roto.

He calificado á esos jóvenes de teólogos de la ciencia, y quiero añadir que pareceme una majadería dirigirse hoy al pueblo en nombre de ella, no menor que la que cometería el que hablase á un ciego de colores. Al pueblo hay que tocarle en el corazón, moverle por el sentimiento. ¿De amor ó de odio? De ambos á la vez; de amor para que se sacrifique; de odio para que no vacile. Mentecatos son, pues, los que le hablan un lenguaje obscuro que no comprende, ó tratan de sembrar en su cerebro ideas que no pueden arraigar por no estar abonado el terreno. Comparo á esos tales con el higienista que, por saber que la carne es alimentación que vigoriza, se la diese á un niño en la lactancia.

Desde el rincón á que voluntariamente me he relegado, saboreo y á veces admiro los generosos arranques de algunos de esos jóvenes; y ¡cómo no, si los tengo yo todavía, y eso que no subo sino que bajo á escape la cuesta de la vida!

Lo que ya no me agrada tanto, es la prisa que tienen por llegar; escollo es éste en que pudieran naufragar más de cuatro. Bueno y justo es que avance todo el que se sienta con alientos; pero si este deseo traspasa los límites marcados por la prudencia, (pudiera emplear término más gráfico), hay peligro de caer de bruces en el campo opuesto.

Bien mirado, no es gran mérito ser demagogo á los veinte años; la mayoría de los conservadores más significados lo fueron. «¡Por ahí empecé yo!» podrían decirles á esos jóvenes los Alcalá Galiano, los González Bravo, los Castelar, usted mismo, sin contar á los de menor cuantía.

El mérito, si tal nombre merece el perseverar en lo que se cree justo, tiénenlo sobre esos jóvenes (virginidades impacientes, según frase feliz de un orador ilustre) los hombres que, sintiendo ya sus bríos atenuados por el freno de la edad y la experiencia, siguen predicando lo que al nacer á la vida pública, sin haber aprovechado para subir las muchas ocasiones que la mudanza de los tiempos les han ido presentando.

Cuando esos jóvenes tengan ocasión de medrar y no la cojan por el cabello, y en una labor, no de pocos meses, de muchos años, prueben su constancia y su abnegación; cuando sacrifiquen, no el pan suyo de cada día, que eso lo hace cualquiera, sino el de los seres queridos, y se pasen millares de noches interrogando á lo imprevisto el secreto del día siguiente; cuando, amando el lujo, lleven sin preocuparse harapos trágicos, y delicados por temperamento ó por raza, traten como á cariñosas amigas á las privaciones; y hagan todo esto sin desplantes de fanático, ni pretensiones de sacerdote, ni aspiraciones al apostolado por considerarlo el más sencillo y rudimentario de los deberes...

Cuando se vean una y cien veces buscados y requeridos al bienestar, y reposen durante una vida á la sombra del árbol prohibido en época en que, no una sola en el tronco, en cada rama haya una serpiente tentadora; cuando teniendo sed rechacen la copa que les presenten, no de hiel y vinagre, si no de miel y ambrosía; cuando hayan tenido que cerrar casi á diario los

ojos para no ver las necesidades á que han condenado á los suyos, y que echar todas las noches un cerrojo á las ventanas que dan al porvenir para no caer en la tentación de asomarse y ver su negrura; cuando no hayan pasado día sin sacrificio ni hora sin contrariedad; y á pesar de esto, ó precisamente por esto se hayan visto discutidos, mal juzgados, teniendo por único amparo el baluarte de su conciencia; y no hayan sentido un instante ni remordimientos por el tiempo perdido, ni pesadumbre por el bienestar no ganado, lamentando sólo no tener otra vida que ofrecer á la causa de los oprimidos, entonces y únicamente entonces podrán exclamar con orgullo: «yo respondo de mí.» Hasta tanto, contentense con la nota de *Valor se le supone*, como los militares que, sintiéndose héroes, no han tenido tiempo ni ocasión de demostrarlo.

Siga usted, Burell, rompiendo lanzas en favor de los desdichados, díganle lo quieran los redentores á la moda. Ya sé que usted no se inquieta por censura más ó menos; periodista toda su vida, tiene la piel dura.

Pero si en algún momento siente impaciencia ante el ataque injusto; si ve que le muerden porque no predica con el ejemplo aquellos que tal vez, aunque jóvenes, le habrían imitado en lo de pasarse á la monarquía, de creer que le quedaban quince ó veinte años de vida aún, consuélese pensando en lo que á mí me ocurre. Estoy donde siempre estuve, pienso como pensé siempre, defiendiendo lo que siempre defendí, y á pesar de esto y haber consagrado por completo mi vida á los de abajo sin pedirles apoyo, aplauso, ni agradecimiento siquiera, doliéndome de no poder dedicar más que catorce horas diarias á los que desean con justicia trabajar ocho solamente, á pesar de esto, repito, veo á lo mejor su nombre de usted y el mío unidos en una misma censura...

Una idea, amigo Burell.

No soy nada, ni seré ya nada. Mi consecuencia estéril únicamente ha servido para enemistarme con los míos; así es que mis aspiraciones en política son tan modestas, que se limitan sencillamente á presenciar una revolución de tal fuerza y tal empuje, que yo sea perseguido por reaccionario. Mas como esto lleva trazas de tardar un poco, quiero proporcionarme algunas inocentes distracciones para ir conllevando los azares de la aperreada existencia. Y usted pudiera ayudarme mucho en esto.

¿Cómo? Influyendo con sus amigos para que, donde quiera que apareciese un redentor científico, acudiera el gobierno en el acto con el plato de lentejas. Seguramente lo rechazaría en los primeros instantes; ninguna mujer más remilgada que la coqueta. Pero sería cuestión de tiempo y de aderezo.

Y vería usted lo que nos íbamos á reir, usted desde la altura de su apostasía y yo desde la sima de mi consecuencia. Confundidos ahora en la misma censura, nos confundiríamos después en la misma carcajada.

Sabe usted que nunca ha dejado de admirarle, aunque le haya censurado con dureza, su antiguo amigo

JOSÉ NAKENS.

LO DE LA DIPUTACION

Unos por autores, otros por cómplices, y otros por encubridores, y puede que algunos por no enterarse, ello es que ningún diputado provincial se atreve á abordar la cuestión de las casas que la Diputación posee, que son de 25 á 30, y que administró durante unos años un señor de dos colores, Rojo y Negro, (ó al revés), sin que se sepa que cantidades ingresaron en caja por este concepto, ni quién digirió los alquileres.

Lo mismo que lo de las dos casas cedidas al contratista de carnes, en pago de lo que se le debía. ¿Por qué, ya que se vendieron, no se entregó su importe á prorrato entre to-

dos los abastecedores, como era de justicia? ¿ó es que convino que no se enterase más que uno de las condiciones verdaderas en que se cedieron? Haga luz sobre esto el señor Cemborain, ya que no fué en su año, y por lo tanto no puede resultar en su daño, (ni en su provecho) si no en el del marqués de Bogaraya, ordenador de pagos entonces.

Me felicito que haya un diputado (creo que se llama Romero; para esto de nombres tengo escasa memoria), que procura enterarse de ciertos ch... abusos (¡tente, pluma, ¡pues no ibas, ¡picaronaza!, á escribir chanchullos?). Para ayudarle en su labor le indico que toque este punto importantísimo; el de si hay diputados provinciales que, por medio de un testafiero, surten de varios artículos á los establecimientos benéficos, metiendo cuanta basura hay en los almacenes aunque revienten los enfermos ó los asilados, y cobrando casi al día en una casa donde se paga generalmente por siglos atrasados, escepto aquellos á quienes el ordenador de pagos (el presidente) pone en primera línea sin duda por razones de peso que yo ignoro.

Entre en ese terreno el diputado aludido y acaso tropiece con sapos, culebras, polillas, gorgojos y varias clases de microbios, que han obligado á veces, aun habiendo poca ó ninguna escrupulosidad en esto, á tirar cajas enteras de ciertos artículos.

Se lo agradecerán los enfermos, los asilados, la moralidad, la justicia, todos, en fin, menos esos papás de la provincia que explotan el cargo por medios indirectos. Amén.

COSILLAS

Pasaron los banquetes conmemorativos del 11 de Febrero sin que de ninguno de ellos saliera la nota esperada. ¡Palabras y palabras!

Pero nosotros podemos hablar de una nota simpática, la del ferviente republicano Arturo Bonilla, que el día 11 nos envió las cinco pesetas que había de gastar en asistir á un banquete para que se las diésemos al republicano que hubiera hecho más por la causa y se encontrase en situación precaria.

Cumpliendo su generoso deseo, nos apresuramos á enviárselas á Tudury de Pons, uno de los hombres que más han sacrificado por la causa republicana, y que hoy se encuentra en Barcelona gravemente enfermo y sin recursos, después de haber perdido una fortuna.

En nombre de este querido compañero y correligionario damos las gracias á Arturo Bonilla, á quien pedimos perdón por haber hecho público contra su voluntad este hermoso rasgo, ya que por desgracia necesitan los republicanos estímulos para ciertas cosas que debían ser tan espontáneas como lo ha sido el acto por él realizado.

Los seis premios destinados por el alcalde para las máscaras mejor disfrazadas de animales quedaron desiertos: á juicio del Jurado, no los mereció ninguna de las máscaras.

También ha sido ocurrencia destinar premios á los que mejor se disfrazasen de animales. ¡Si hubiera sido para los que mejor se disfrazaran de hombres!...

Las mujeres de Salamanca han realizado una manifestación, llevando banderas en las que se leía: «No hay pan y hay hambre queremos trabajo.»

¡Desdichadas! ¿A quién se le ocurre á estas alturas pretender vivir por medios honrados?

El cura párroco de la iglesia de San Pedro, de Vergara, ha muerto sin recibir los auxilios espirituales.

Cuando él se ha muerto así, sabrá porqué lo ha hecho. Estaría en el secreto.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.